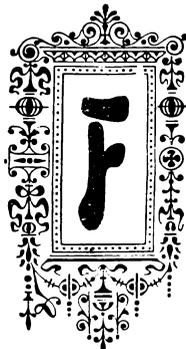


Los Derechos de España



UERA de mal hijo dejar pasar la fiesta de su madre sin dirigirla una mirada y sin cantarla una endecha. Es cierto que la bandera roja y gualda fué há tiempo arriada en la fortaleza de Santiago, para ser sustituida por otra, la de las franjas y estrellas. Mas en el corazón de todo filipino, junto al sitial donde se sienta la matrona nimbada con el sol y coronada de tres fulgentes estrellas, hay siempre dispuesto y preparado otro, para que en él se siente la nobilísima matrona cuyos pechos amamantaron a veinte pueblos, sin perder el vigor y la fortaleza.

Desapareció la soberanía española, porque los filipinos creíamos haber llegado ya a la madurez de la juventud, y nos sentíamos lo suficientemente fuertes y adiestrados en las necesidades y menesteres de la vida de pueblo civilizado, que creimos era ya tiempo de cortar las amarras que a la nación española nos unían. Pero después de la separación y cuando la lluvia de sangre cesó, brotó de nuevo el árbol santo del amor y del cariño y a no tardar brotaron frescas y lozanas las flores rojas del más acendrado cariño.

¡Santiago! Nombre bendito en el cual, como en precioso cofre, están encerradas todas las esencias y los perfumes todos del alma hispana, con sus rasgos heroicos y sus hazañas prodigiosas.

¡Santiago! Al conjuro mágico de ese nombre las espadas españolas se fueron abriendo paso, desde Covadonga y la cueva de San Juan hasta Murcia y Granada, dejando a su paso por los campos de Castilla y de Aragon regueros de sangre que se mezclan y entrelazan hasta formar caudaloso río, bordeado de laureles, en las Navas de Tolosa, desbordándose más tarde y regando toda la península, hasta que el genio de una mujer gigante y un rey sin igual, Isabel y Fernando, encauzan sus aguas y las llevan hasta la vega granadina, para besar con trasportes de amor y ansias de conquista la ciudad fantástica, que más parece el ensueño y delirio de un enfermo que una realidad plasmada.

Al pié de los muros granadinos y alzando su frente para mirar a la Alhambra se funde el alma española y las dos monarquías quedan convertidas en una, la Española.

Vencida la resistencia mora las aguas sangrientas y gloriosas de ese río se precipitan, por el puerto de Palos y de Santa María, en el *mare nostrum* y siguiendo la estela, que marcaran las

carabelas de Colón, van recorriendo el Atlántico y arrancando del fondo de los mares islas y continentes.

Núñez de Balboa monta en brioso corcel y creyendo que aún no basta para el engrandecimiento de su patria el ser señora de dos mundos y de dos mares, el Mediterráneo y el Atlántico, adéntrase por el estrecho de Panamá y llega hasta el Pacífico. Pica de espuelas al brioso alazán y lo mete en las revueltas aguas del recién descubierto océano y toma de él posesión en nombre del rey de las Españas.

Fernando de Magallanes no se contenta con que España posea dos mares separados por una, aunque sea pequeña, lengua de tierra; quiere que el río de sangre generosa cuyas fuentes y orígenes están junto al Auseba y al Aragón, se mezcle con todos los mares y llegue a todas las playas; y valeroso y decidido se adentra por el estrecho de su nombre, que nadie antes que él conocía y enfila sus carabelas Pacífico adelante, hasta que llega a las playas hospitalarias de estas dichosas Filipinas. Y las playas de Mactan quedan enrojecidas con la sangre hispana de aquel héroe, y junto a esa nueva corriente de sangre generosa crecen nuevos laureles.

Sebastián del Cano no quiere que la noble matrona, cuyo trono de gloria y de proezas se alza junto al Pisuerga, ignore que su frente va a ser ceñida con nuevos laureles brotados al calor de la sangre de sus hijos y emprende la vuelta a casa y hace que aquel río de sangre hirviente y roja dé la vuelta con él y rodee al mundo, después de haber visitado todas las playas y corrido por todos los mares.

Cien años más tarde a la mesa espiritual de la gloriosa madre, en toda la plenitud de su poder y de su gloria, se sientan veinte hijas llenas a su vez de vida y fuerza. Los pueblos que conquistaron Cortés y Pizarro, Magallanes y Legazpi y tantos y tan valerosos capitanes, cuyas hazañas eclipsan las de los antiguos héroes y dioses mitológicos, han entrado por las vías de la civilización y del progreso. Y en Lima y México, en Sta. Fe y Manila, en todas las partes donde posaron su planta los guerreros y misioneros de España han brotado centros de cultura, universidades y academias, imprentas y librerías.

Y mientras España estaba empeñada en obra tan gigantesca de civilización y de cultura; mientras propagaba las doctrinas salvadoras de Jesús y enseñaba a cien tribus y pueblos las sublimes sentencias del Evangelio; mientras sus misioneros.

virreyes y ministros se enforzaban en dar a aquellas razas nuevas las viejas y salvadoras ideas de la civilización, un pueblo envidioso movía a todas las naciones de Europa contra el gran Carlos V.

Los tercios españoles tienen que recorrer todos los pueblos de Europa, luchando siempre y abatiendo por doquier la soberbia francesa y protestante, que no quiere reconocer lo que la mano de Dios ha decretado.

Hoy esa misma España se ve triste y abatida, aunque no humillada. Sus enemigos de ayer, aquellos a quienes hizo morder el polvo de la más tremenda derrota en Pavía y en San Quintín, se han apoderado de los resortes de la Historia y han formado en derredor de la gran nación de otros tiempos, una horrible leyenda, a la que el calificativo de *negra*, aún le viene corto.

Hasta el timbre más glorioso de su historia

quieren arrebatárle. Escritores extranjeros quieren que las naciones nacidas a la vida, gracias al esfuerzo de España y de nadie más que de España sean conocidas con el título mentiroso y falaz de Naciones Latino-Americanas, sustituyéndolo por el de Hispano-Americanas.

Y nosotros los que un día fuimos sus hijos, ¿no lucharemos sin descanso para que nada ni nadie sea capaz de robar a España lo que de justicia le corresponde?

Esa España *tiene derecho* a ser la primera en el amor de los filipinos, porque nos dió la vida del espíritu, que es la civilización cristiana. Nos dió su lengua y nos infiltró su genio. España *tiene derecho* a que nadie la usurpe el título de Madre de veinte naciones, pues únicamente ella fué la que engendró a esas naciones y a esos pueblos, que otros quieren hacer suyos con títulos bastardos.

JULIAN.

¿EMPRESARIO?

A.—Corre por Manila,
No sé si es verdad,
que Don Blas Deburla
Es el principal
De aquel "barrio rojo"
Con su capital,
Y es el empresario
Que abastecerá
De.....

B.—¡Chitón! No sigas.
¡Qué barbaridad!

A.—Pues aún ignoras
Más de la mitad
Del sucio negocio
Tan original.

B.—Dime, amigo mío,
Un secreto tal,
Que estoy deseando
Saber la verdad,
Y enterar al punto
La prensa local.

A.—Sepas más amigo,
Que un sensacional
Proyecto, llamado
Ley matrimonial,

Que editó "El Comercio"
Dos meses atrás,
Me han dicho que entraba
De lleno en el plan.
Para el "barrio rojo"
Gente reclutar.

B.—¡Imposible! amigo.
¡Ay! ¡Qué atrocidad!...

A.—Yo pensé lo mismo,
Deplorando el mal;
Mas diz que temiendo
Que llegue a faltar
El fruto podrido
En el lupanar;
O que falte leña
Con que alimentar
Del incendio "rojo"
La llama voraz,
Buscó Don Deburla
Un medio infernal,
Con que poder siempre
La turba aumentar
De ruines mujeres
De vida inmoral.

B.—¡Ah! Ya veo claro

Donde va a parar
El plan disfrazado
Que intenta Don Blas:
Al fin y a la postre
Pretende empalmar
Su plan con el "barrio"
De inmoralidad.

A.—¡Exacto! mi amigo;
Ni menos ni más;
Así se murmura
De Tondo a Pasay,
Que Don Blas Deburla
Nos quiere ocultar
Que el plan ha fraguado
De suministrar
Infames mujeres,
Que irán a parar
Del concubinato
Al "barrio" procaz.

A. y B.—¡Guerra al Empresario!
¡Guerra a tanto mal!
¡Nadie con el crimen
Debe traficar!

P. DE ISLA.

Dr. Miguel de la Concepcion
DENTISTA

25 T. Pinpin

Tel. 3532

A. M. OPISSO
ABOGADO

501-502 Filipinas Bldg.

Tel. 802